

EL ÚLTIMO BASTIÓN

*El retorno del Rey: El restablecimiento del régimen
colonial en Cartagena de Indias (1815-1821)*

Justo Cuño Bonito

Publicaciones de la Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 2008

El 13 de noviembre de 1826, el Consejo de Guerra reunido en La Habana para dictaminar sobre la conducta del brigadier Gabriel de Torres y Velasco, último gobernador español de Cartagena de Indias, le declaró «sin culpa por la entrega de la plaza referida, y por consiguiente sin que este incidente inevitable le perjudique en su opinión pública...». Ya el presidente del Tribunal había expresado que Torres debía ser «absuelto de todo cargo en recompensa por el celo, inteligencia y constante vigilancia durante el sitio, sin que la rendición por falta de víveres pudiese jamás causar mancha a su reputación o buen concepto». Así se cerraba el capítulo de trescientos años de presencia política hispana en Colombia.

Justo Cuño, profesor de la Universidad Pablo de Olavide y autor de varios trabajos sobre el final de la Colonia y la Independencia de Cartagena, nos presenta un ejemplar volumen investigativo sobre un periodo todavía por profundizar de la historia de la ciudad. La Cartagena que, avasallada por el hambre, se entregara a Pablo Morillo en 1815, fue también el último bastión español en Colombia, hasta septiembre de 1821. Durante ese infausto interregno la gobernó atinadamente Gabriel Torres, con más voluntad que medios. Fue, además, el asiento de la Capitanía General de la Nueva Granada y del reinstalado Virreinato en 1815-1818 y 1819-1820.

La monografía se inicia con una excelente introducción sobre el ejercicio del poder por los criollos después de 1810 y sus resortes ideológicos y recursos físicos. Son pocas páginas, pero el profundo conocimiento del profesor Cuño sobre las circunstancias históricas de las élites y su entorno resulta en un compendio iluminante que ayuda a explicar la tragedia subsiguiente. Acto seguido cubre adecuadamente, desde fuentes secundarias, la constitución del Ejército Expedicionario de América y el sitio de Cartagena por su comandante Pablo Morillo, en 1815.

Una vez reconquistada Cartagena, *El retorno del Rey* comienza a recorrer terreno relativamente virgen. Hasta ahora ningún historiador —salvo en lo que compete al bien conocido episodio de los Mártires de Cartagena, fusilados por Morillo

en febrero de 1816, y el sitio de la ciudad en 1821 por los patriotas— se había adentrado a fondo en el intento de restablecer el régimen colonial en Cartagena y regresar al orden de cosas anterior a 1810. El profesor Cuño describe, con profusión de fuentes primarias, los desesperados esfuerzos de la administración española, penosamente carente de recursos, por establecer la semblanza de un gobierno funcional en Cartagena.

Una frase de Cuño describe la situación de la ciudad: «la anormalidad de la normalidad». Con un comercio lánguido y las rentas estancadas exhaustas, apenas se podía sostener la guarnición. Gabriel Torres se las arregló, sin embargo, para emprender la rehabilitación de las fortificaciones y algunas obras públicas, como el camellón que unía la Puerta del Puente (después del Reloj) con Getsemaní. Pero gobierna una ciudad fantasma que ha perdido un tercio de población y buena parte de su élite. La restante vivía, a pesar del indulto de abril de 1816, amenazada por los juicios de purificación. Identificar lealtades era oficio absorbente para sus gobernantes reconstituidos. Se vive de simbología en la medida en que se reconstruyen las ceremonias del estado imperial, lejano e ineficaz.

El entable cartagenero examinado por el libro se complica por la dualidad de la administración, donde conviven el capitán general, y luego virrey, Francisco de Montalvo, y el gobernador Gabriel Torres. Este par, mal que bien se entienden, entre otras cosas porque comparten filosofías liberales dentro del contexto realista. Torres gobierna, por lo menos, en la ciudad. En la provincia de Cartagena el manto real está hechos girones y apenas cobija. En el Nuevo Reino, teóricamente el ámbito de Montalvo, el mandato pasa por el filtro del general en jefe del Ejército Expedicionario de América, cuyas instrucciones son amplias. Pablo Morillo enseñoorea Santa Fe de Bogotá y, perdida la fe en reconciliar a los criollos insurgentes, despacha en función de juicios sumarios.

Los interminables conflictos de competencia, con visiones divergentes sobre lo que requería el buen gobierno del virreinato y de la provincia de Cartagena, serían el pan de cada día. Cada quien salvaba su responsabilidad con la inquietud latente de que el restablecimiento de Fernando VII en América era misión precaria. El funcionario cumplía con su deber pero sin convicción. Los había realistas furibundos y el profesor Cuño da amplia cabida a sus actuaciones y opiniones, sobre todo al canónigo Juan Manuel García de Castillo y Tejada, cuyo protagonismo en defensa del antiguo régimen es notable. Una de las virtudes de *El retorno de Rey* es justamente su profuso empleo de archivos judiciales, que sacan a flote el sombrío panorama y el subyacente sentimiento antiespañol.

Un interesante aspecto de la monografía de Cuño consiste en resaltar la dicotomía en la concreción de la Reconquista. No cabía duda de que los responsables del restablecimiento del imperio colonial eran leales al rey, pero tampoco puede ignorarse su desafección a sus ideas de gobierno y a su concepción de cómo debía consolidarse el patrimonio real y ganarse el cariño de los súbditos. Para Torres el conflicto se convertiría en agudo con la llegada de Juan de Sámano, protegido de Morillo, al cargo de virrey del nuevo reino en 1818. Sus choques con el mariscal de campo serán frecuentes y los juicios públicos sobre sus desaciertos, mordaces y contundentes.

Con el ascenso de Sámano y la cesantía de Montalvo, la administración virreinal, o lo poco que quedaba de ella, se desplazó hacia Bogotá. Cuño analiza cómo el nuevo Virrey reorganiza la administración para instalar validos y hombres de confianza en puestos claves del virreinato, incluyendo el segundo de Torres. Era lo acostumbrado, pero sembraba la cizaña. No había, sin embargo, consolidado el Virrey su poder cuando Bolívar le pone en fuga al derrotar la Tercera División del Ejército Expedicionario en Boyacá. Sámano va a instalarse en Cartagena con el cometido de conservar un territorio que se le va de las manos. La paranoia lo abrumba y arreceja la persecución de quien se sospechara de simpatizar con los patriotas, hasta el punto de reabrir procesos de sobreseídos. Entra en directo conflicto con la lenidad del gobernador.

El 10 de junio de 1820 se proclama en Cartagena la Constitución liberal de 1812, que meses antes ha comenzado de nuevo a regir en España y sus dominios, después de la rebelión de Riego. So pretexto de enfermedad, Sámano se ha retirado a Sabanalarga, buscando mejores aires. El recuento del golpe de estado de Torres al implícitamente deponer al virrey, a quien no permite que retome el poder en Cartagena, es una de las más lúcidas páginas de *El retorno del Rey*. El militar, liberal sin ocultarse, es un espécimen de nuevo cuño en la Europa posnapoleónica. Fiel al rey a su manera, hace su entrada en los anales del Nuevo Mundo, sin ser único, en la persona de Gabriel de Torres.

La Constitución llega tarde. Para las fechas de su proclamación los patriotas avanzan dentro de la provincia. Sólo el armisticio entre Bolívar y Morillo previene el asedio en forma de Cartagena. Finiquitado éste en abril de 1821, Montilla pondrá sitio a la ciudad. Cuño recreará brevemente las operaciones donde se salva el honor. Torres no defenderá la plaza hasta el último mendrugo como los patriotas de 1815. Falto de víveres y con un ejército que se le disolvía, capituló y entregó la ciudad el 10 de septiembre de 1821.

El retorno del Rey es un bienvenido desglose de una frontera poco explorada de la historia colombiana. Se desconoce el impacto de la Reconquista en las regiones. Aparte de la narrativa, y el profuso empleo de fuentes documentales para ilustrarla, el profesor Cuño añade el ingrediente del análisis ideológico-político al interior de las huestes de la Reconquista. Es éste un aspecto que, aunque no siempre convincente en los detalles, vale la pena resaltar. Hay la tendencia a considerar como monolítica la invasión ultramarina de Colombia. No se había intentado tampoco antes la disección con enfoque regional, si bien las explicaciones del libro se extienden también a otras partes del virreinato del periodo posterior a la llegada de Morillo.

De la bibliografía puede decirse que, aunque muy completa en el espectro hispánico, podría ser más incluyente en la consulta de la literatura anglosajona y francesa, que tanto ha contribuido a la visión balanceada de la Independencia. Esa ausencia es detectable en el desarrollo de la monografía. Pecado menor, empero, como lo es la insuficiente familiaridad con la geografía de Cartagena y su provincia. Estas observaciones poco desdican de una excelente monografía que explora con rigor un territorio apenas conocido de la historia cartagenera.

RODOLFO SEGOVIA SALAS